



COSAS DOMINICALES

A una Mamita.

Nos veíamos todos los domingos y en el mismo tren. Ellos, como yo, se dirigían a no importa qué pueblecillo de veraneo a respirar ese oxígeno vespertino que parece saturado con los últimos soplos de las flores y los postreros lampos del Poniente. Llegaron a saludarme como viejo conocido. Ofrecí al papá algunos cerillos para que encendiese su mascarillo puro, y una tarde, la última, cruzamos algunas palabras. ¡Encantadora familia! Un viejo honrado, dos muchachas hermosas y un Benjamín mimado, de grandes ojos azules.

Llevaban a aquel vagón en que tantas gentes se mezclaban, no sé qué de íntimo, de alegre y de sano, que hacía sonreír, algo de un hogar muy contento, lleno de macetas y de pájaros. Todos se ado-

raban y se adoraban así en público, comentando en voz alta, mimándose a la vista de todos, padre e hijos se volvían besos y caricias, con arranques incontenibles de cada dos minutos.

Así me figuraba a Mr. Joyeuse de Daudet, era ese buen hombre robusto, de cutis reluciente que denunciaba baños fríos diarios, canas limpias, mirada viril, sensible al calor, labios fáciles a la risa y a la palabra, y un no sé qué de abandono en los modales, languidez deliciosa de las gentes habituadas a que se les acaricie. ¿Y ellas? ¿No era la Mamita aquella pálida adorable, de ojos que yo amaba porque tenían involuntarias tristezas mirando las nubes lentas y las borrosas lontananzas? Sí era la Mamita risueña a ratos, pero incomparable cuando su carita de flor en forma se ponía grave, maternal, para atar bien la banda del bebé o responder a una consulta de la hermana menor, inquietá, habladora, ruborosa por cualquiera palabra, voluble en la charla, curiosa hasta la imprudencia: un pájaro joven. El muchacho era el personaje delicado, lo envolvían en cuidados, lo trataban como frágil criatura, el padre y las hermanas, todos eran madres para el querubín que hablaba con muchos disparates todavía.

Heme aquí en un rincón del tren, mirándolos sobre mi periódico que no leo. Acaban de entrar, ceden el extremo del asiento al papá, porque así puede ir más cómodo; abren la ventanilla para que Luisito vea la calle. ¡Luisito, un capullo de carne con ojos azules, surgiendo como un ramillete, de encajes y listones! El papá le ciñe el talle, la hermana mayor, Blanca, le toma las pantorrillas que se antoja morder, respiran con fuerza, hace calor. ¡Con qué solicitud toma Blanca el sombrero del viejo y Aurora el bastón. . . mientras él saca su periódico!

—No leas, mi vida, platica. . .

Y al decirselo, qué hondo amor en esos ojos gran-

des y tristes, qué profunda ternura en el acento, qué caricia en la sonrisa de la boquita fresca y romántica de la Mamita.

—No leas. . . Y al suplicarlo le toma la mano y lo ve largamente, y no pudiéndose contener, con los ojos húmedos le pone un beso en el vellón de canas limpias que blanquea en las sienas paternas.

Y sí, platica con una voz igual, ¿de qué? De todo. . . Ese cobertizo de lámina que parece surgir de piedras estalladas, esa máquina negra, silenciosa e inmóvil, es para pulverizar. . . Aquellas tribunas blancas, destacadas en el verde vivo de los pastos, son del Base ball Club; allá lejos pasan los coches de la Reforma; la plaza de toros se está cayendo. . . El musgo de los arcos que escurren agua parece terciopelo. . . Hay nubes que tienen forma de animales. . . ¡Los toros y las vacas no se fastidiarán de su vida de potrero? Han pasado muchos carros fúnebres, huelen a ácido fénico; los entierros en domingos son muy tristes ¡qué ironía! se cruzan una gaveta para desvalidos y un vagón con música que viene de un día de campo. ¡Lo que es el anuncio!. . . hasta fuera de garita se miran los cartelones recomendando los mejores cigarros del mundo. ¡No hay como el campo! ¡Qué bonito se siente el aire puro! La luna allá detrás de los árboles ¿no la ven? parece un disco de vidrio opaco apenas; ¡la noche será deliciosa!

Pero sobre lo banal de la plática flota algo interesante. . . El tono de la voz, las ojeadas significativas, las sonrisas que comentan, el ademán que subraya, todo denuncia una inmensa paz, una inmensa felicidad en esos cuatro paseadores.

Y yo, el fastidiado de los días de fiesta, asisto a ese tren como a un teatro. ¿No es una página de novela ese buen viejo a quien quieren mucho esas lindas muchachas? ¿No es un idilio corto ese dialo-

gar sencillo que termina con un beso en la mano, en la frente, en la mejilla que él esquiva?

—Estate quieta, muchachita, te ven.

—No me importa, te quiero mucho. . . . papá.

¡Oh! ¡Siento ganas de llorar mucho cuando pienso lo que será esa casita donde viven! ¡Qué talento tiene Daudet! Seguro, seguro Joyeuse fué el abuelito de esos personajes. Llegará del trabajo, lo esperarán en el balcón, ¡ahí viene papá! Bajarán las escaleras, se colgarán de su cuello para besarlo: ¡no te quites el sombrero, vienes sudando! Le llevarán la copa, que probarán antes, no dejarán que la tome, sino que a modo de niño enfermo la acercarán a sus labios, cuidando que no se derrame, le traerán las pantuflas frescas y lo llevarán en triunfo al comedor, espíran en sus ojos si tiene apetito, se pondrán tristes si no come, ¿estará enfermo? ¿qué tienes, vida mía? Querrán servirle de todo y serán rivales para ponerle el azúcar al café, una cortará el puro con los dienteitos brillantes, otra le encenderá el cerillo, y a la hora de partir, ¡cuánta solicitud para cepillarle y arreglarle la corbata! ¡Adiós, le dirán cuando se monte en el tren, con la mano, con la voz, con el alma. . . . y se entrarán para mirar en el reloj cuántas horas faltan para que vuelva. El es el padre, el hermano, el novio, no hay ojos como los suyos. . . . no hay bondad como su bondad conmovedora. . . . no le hablan. . . . le rezan.

—¿Aquí nos bajamos? . . .

—No, vamos más lejos. . . . ¿quieren?

—Iremos.

Yo cambio de tren con ellos y quedamos en el nuevo vagón completamente solos, porque se dirigen a un cementerio y los domingos va muy poca gente a visitar a los muertos.

Buscaban los paisajes, pero al ver cruzar los vago-

nes fúnebres, la idea de la muerte se mezcló en los diálogos.

—Aquel panteón parecía más bien un jardín—decía el papá,—cuando yo me muera me entierran ahí y me vienen a ver los domingos, ¿verdad? Me traerán flores. . . . muchas flores. ¡no me olviden!

—No hables de eso, papacito, tú no te has de morir. ¡Oh, yo quiero morirme antes que tú!

—Miren, ahí se descansa: soy viejo, poco me falta para que me vean pasar en una de esas cajas. . . . Cuidarán a Luicito, habrán crecido, tú serás la mamá y Aurora la obediente. . . .

—No hables de eso. . . .

Pero el viejo estaba inspirado, se enardecía y acabó por cambiar de faz, su hermoso rostro de anciano se puso triste un momento, y ¡ya no era tiempo, no pudo disimularlo! cayó una gota de alma en el papel del periódico.

Ellas no pudieron dominarse y lloraron también.

—¿Ya lo vez, papá? ¿ya lo vez? ¡No seas malo! ¿Qué te pasa? ¡Mira, mira qué cielo tan hermoso!—y vieron el crepúsculo: un incendio violado en que estallaban brillazones de topacios ígneos y en el fondo una orla negruzca: las puntas de lejanos cipreses. ¡Qué en silencio regresamos todos!

*
* *

El carro olía a flores, colgaban de los tirantes empapadas coronas que goteaban, y a cada sacudimiento llovían pétalos de rosas blancas, en los asientos se asinaban ramilletes de arrugados portabouquets, cruces de inmortales, haces de capullos: dominaba la nota viva de los heliotropos, y en el fondo varias personas de luto, dos muchachas muy lindas y un niño acompañadas de una criada que, con

una cesta de musgo sobre el brazo, espantaba las moscas del chiquitín dormido.

—¡Las Joyeuse! exclamé al reconocerlas, porque ellas eran, las que hacía tres meses largos no había visto. ¿Y el papá?

Cuando ellas me miraron ví contraer sus facciones con un gesto de asombro y de dolor, un recuerdo brutal las apuñaleaba. . . . Era inútil hacer suposiciones, el papá Joyeuse había muerto.

Bien lo decía el enflaquecimiento de aquellas desventuradas, bien el rostro como envejecido de la Mamita, sus grandes ojos anegados en amargura, aquel gesto de idiota, su mirada fija en un anuncio de Agencia de Inhumaciones, pero viendo recuerdos, recuerdos inexpulsables, profundos, clavados en la imaginación y en el alma. ¡Oh, pobre Mamita! Era el dolor sin lágrimas, el dolor que estrangula sin que el solloso tiemble, el dolor sin palabras, sin arranques, el paralítico mudo, fueiteado, muriéndose, pero inmóvil.

Sólo después de un rato vióme largamente, primero temblaron sus cejas de hebreá, después aletearon sus párpados moreteados por el insomnio, descendieron las comisuras de sus labios, y en una salvadora explosión de lágrimas, me dijo.

—¿Se acuerda usted?

¡Gracias al cielo que lloraba, sacudiéndose mientras se abrazaba a la hermana, descompuesta por el arranque, temblorosa como una friolenta, con los labios blancos de susto y de pena. . . .!

—Pobrecito, pobrecito. . . . gemía, ¿recuerda usted que quería flores, muchas flores? Aquí vienen. . . . Yo lo presentía aquella tarde, llegó triste. . . . se enfermó, se enfermó, duró una semana, ¿qué hemos hecho? Era tan bueno, tan honrado, tan santo. . . . ¡qué cruel es la muerte que se lo ha llevado!

—Cálmese usted. . . . señorita. . . . puede hacerle mal llorar así. . . . en el aire, decía la estúpida criada.

—No lo olvido un momento, era mi todo. ¿Qué hago? ¡Me quiero morir!

Y se sacudía escondiendo la cabeza, empapado el pañuelo, bebiéndose las lágrimas con una desesperación inmensa.

¡Ah! si los muertos ven, si es cierto que los espíritus paternos flotan en torno de los huérfanos, ¡ah! papá Joyeuse vería aquel carro solo. . . . rumbo al cementerio, antes tan lleno de risas, de rayos furtivos de sol poniente, alegrado por la charla, refrescado por el aire libre de los campos. . . . entonces alegre también con sus cascabeles, bañado de luz, lleno de flores. . . . pero con aquellos abandonados inconsolables.

—Usted le simpatizaba, señor, nos lo decía todos los domingos. . . . Usted lo quería a él, ¿no es verdad? ¡Era tan bueno!

Y llegamos, las dejé alejarse entre las calles penumbrosas, donde blanqueaban las tumbas, ví un momento el valle tinto en púrpura crepuscular y allá a lo lejos un grupo negro en torno de una tumba humilde, cubierta de flores: eran ellas, un dardo de sol incendiando la púrpura de las rosas, riendo en la blancura de los aletíes, fingiendo flecos de cristal en los cipreses húmedos, ¿sería la risa del papá Joyeuse aureolando aquellas cabezas inclinadas hacia la devoradora madre tierra?

Y en torno la paz de los campos, el cuchicheo de los árboles, la inmensa serenidad, turbada por el lejano rodar de los vagones, la nota moribunda de perdidos campanarios, en el cementerio el reir del agua de las regaderas salpicando de diamantes los pastos, un entierro de pobre alejándose entre el bosque, pájaros que retozaban, y un niño en el regazo

de una madre dormida lanzando gritos inarticulados con sacudimientos de sucias manecitas.

Y como un eco, un murmullo de voces... las Joyeuse que rezaban... las Joyeuse que los visitaban como él quería, todos los domingos y le llevaban flores, ¡muchas flores!

*
* *

Quedéme enternecido. ¡Creeréis que entré triste al teatro, pensando en las pobrecitas, solas, sin amigos quizá, sollozando junto al sillón vacío, viendo el teatro a través de las lágrimas, creyendo en cada rumor oír sus pasos, teniendo a cada instante la alucinación de su voz cariñosa, extrañando su beso... ¡Oh, pobrecitas! Y ya en mi butaca, me abstraí, ajeno a la pieza y construyendo una novela. Sí, las quería mucho, quizá no sospechaban que aquel conocido del vagón pensaba en ellas y hubiera tomado como un hermano sus pálidas cabezas, así, junto al pecho, para decirles, besando sus ojos llenos de tristeza.

—Ya no lloren... lloraremos juntos... Vamos, ya está... Se ha muerto, pero está aquí en espíritu y si las ve así... lo harán llorar también. ¡Te enfermas, Mamita!...

Y con los ojos húmedos miraba como un estúpido a la concurrencia que reía de una soez gracejada de zarzuela.

FIN



INDICE

El "Chiquitito".....	7
El Chato Barrios.....	15
El reloj de casa.....	21
Oyendo romanzas.....	27
Mi musa.....	33
Memorias de un escribiente.....	39
La mesa chica.....	47
Dos besos.....	55
¡Si la niña supiera!.....	65
Un olvidado.....	73
El fusilado.....	79
"Yes".....	87
Dura lex.....	93
Una corista.....	103
Cosas de ayer.....	111
¡Pobre Cejudo!.....	117
Un trozo.....	127
Otilia y yo.....	133

Cosas vistas.....	139
El heredero.....	149
Los abandonados	155
El Mauhmouth	165
Cosas de baile.....	173
Tenemos corazón	179
Los quince abríles.....	187
Remordimientos	193
Reminiscencias.....	199
Un prelude.....	207
Recuerdos del Maestro	215
Cosas dominicales.....	227



Universidad Nacional de Tucumán
Biblioteca Central



